El corazón de la India

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Este es el décimo de una serie de artículos de nuestro Imperator acerca de las observaciones hechas en su reciente viaje que lo llevó, junto con sus acompañantes, alrededor del mundo, visitando lugares místicos y remotos.

Delhi es el corazón de la India; es más que una capital o un centro político; es el espíritu del pasado y simboliza las vicisitudes, las luchas y las conquistas de un pueblo. En las cercanías de Delhi ha habido muchas capitales; algunas fueron construidas por los hindúes, siete por los musulmanes y Nueva Delhi por los británicos. La mitología y la tradición se han combinado a través de los siglos para hacer de esta región un sitio de inquietas ambiciones, pasiones y celo religioso y fanático.

Darío rey Persa, envió su mas experto general para tratar de conquistar la India. Alejandro el Grande se entregó a una guerra costosa en hombres y materiales, pero jamás logró derrotar a la India. Sin embargo, por cada uno de aquellos que fracasaron. hubo varios otros que oprimieron y sacrificaron a los hindúes descendientes de los antiguos arios. Una de las grandes obras de la literatura hindú, el *Mahabharata,* que literalmente significa "la gran historia", es un poema épico que describe la lucha entre dos familias por la posesión de un reino cercano a Delhi. Esta lucha, según narra el *Mahabharata,* se efectuó entre los Pandavas y sus primos los Kauravas.

Delhi es el nombre que se da a un área compacta situada entre el río Jumna, uno de los ríos sagrados de la India, y lo que se conoce con el nombre de la Cordillera. Esta última es la fila montañosa de Arvalli, una serie de bajas colinas. Industrialmente, Delhi es celebre por su joyería, por obras de orfebrería y platería, por sus jaspes tallados y por sus telas bordadas en oro y plata. Una de las calles, Chandni Chok, es célebre por las tiendas de sus plateros, y su nombre popular es "la calle de plata." Al caminar por este transitado boulevard nos atraen las pequeñas tiendas, no sólo por su exhibición de mercancías, sino por la habilidad de sus artesanos que pueden verse trabajando en el oscuro interior.

Con un pequeño equipo moderno, estos artesanos ejecutan diseños que desafiarían el ingenio de plantas bien equipadas en las grandes naciones del Occidente. Si no se encuentra uno satisfecho con la gran variedad que allí se exhibe, basta con hacer un dibujo burdo de lo que uno desea, y gracias al talento y habilidad de estos artesanos, ese dibujo se convierte en una obra maestra.

Como Delhi tiene tan inmensa importancia histórica y arqueológica, ha sido siempre un punto de interés primordial para nosotros, como representantes de la Orden Rosacruz y de su Museo Oriental. En virtud de arreglos previos con el Departamento de Arqueología y su eminente director, el Dr. N. P. Chakruvorti, se nos dio un permiso especial para filmar los sitios importantes de la región. Después de una conferencia con el Dr. Chakruvorti, él amablemente designó al Dr. Shankar Das, superintendente de sitios arqueológicos de la región de Delhi, para que nos acompañara y

ayudara en nuestro proyecto; su ayuda fue valiosísima para procurarnos acceso a estos sitios y obtener la información técnica que estuviera a la disposición del Departamento de Antigüedades de aquel gobierno.

El fuerte de Tughlak

A varios kilómetros de Delhi, nos encontramos en una región de pequeñas colinas sembradas de pipales, nimes y otros árboles de aquellos sitios. La escena era apacible y pastoral, y un sol tibio brillaba en un cielo sin nubes. Sin embargo, éste fue el sitio donde se desarrolló el gran combate para la dominación de la India, en más de una ocasión. Más arriba y más abajo de nosotros, hasta donde la vista alcanzaba, había restos de la cultura mahometana, de la afgana y de la mongólica, cuyos respectivos gobernantes, en uno u otro momento, dominaron el país.

Las ruinas de la tercera y cuarta ciudades de Delhi pueden verse todavía como grandes e imponentes masas. Inmediatamente frente a nosotros estaba la más imponente de todas esas ruinas, llamada popularmente el Fuerte de Tughlak. Como trabajo y como inmensidad de proporciones, iguala la construcción de la gran Pirámide de Egipto.

Ghiyas-ud-din Tughlak, soldado y aventurero, fue uno de los afortunados invasores de la India. Comprendiendo la necesidad de atrincherarse firmemente para poder oponerse a las oleadas sucesivas e invasoras de los gobernantes del nordeste, comenzó la construcción de una gran ciudadela y fortaleza. Indudablemente, su ingenio fue influido por las ciudades amuralladas semejantes del Oeste, porque tiene un gran parecido con las construcciones romanas. Las murallas tienen veinticinco metros de ancho en la base y son de roca sólidas. Son de una apariencia tan formidable que psicológicamente nos sentimos oprimidos al mirarlas. En las murallas hay trece grandes puertas que se hunden en los muros y están flanqueadas por torres desde las cuales un observador domina la región entera.

La altura de las murallas parece todavía mayor desde el lado sur, porque al mirarlas nos encontramos en una profunda depresión del terreno; esta depresión fue en un tiempo un gran lago artificial donde se conservaban las aguas que bajaban desde las colinas adyacentes. En los otros lados de la ciudadela hubo en un tiempo anchos fosos de agua. Para aproximarse a los muros era necesario cruzar esos fosos, mientras se estaba expuesto al tiro de los arqueros desde los numerosos bastiones. Dentro de la ciudadela, en relativa seguridad detrás de esas montañas hechas por el hombre, se encontraban las casas de los nobles y los cuarteles de las guarniciones. El gran palacio formaba parte de las murallas protectoras de la ciudadela. ¡Estábamos asombrados ante aquella obra, tratando de comprender que todo aquello había sido construido en sólo dos años! Los relatos dicen que cien mil hombres trabajaron entre los años de 1321 y 1323, para construir tan vasta obra.

Con dificultad trepamos a lo que parecía ser una colina cercana, para divisar mejor el sitio histórico. La colina no era otra cosa que uno de los antiguos muros del lago artificial. que ahora era un pastizal. Varios obreros indios trabajaban con palas y picos para desenterrar los gigantescos bloques

de piedra que formaban el viejo muro de sostenimiento. Estos obreros eran empleados del Departamento de Arqueología de la India. A petición nuestra, el Dr. Das dio órdenes a los hombres para que se agruparan trabajando en un sólo sitio, para que pudiéramos filmarlos mejor. El mismo, muy amablemente, se acercó al sitio para señalar las características principales, mientras nosotros filmábamos las excavaciones. Esta excavación ha tenido importancia histórica y bien valía la pena de fotografiarla.

Luchando por el poder

A considerable distancia de nosotros, aislada en el centro de lo que fue el lago artificial, había una imponente construcción. Proyectándose del antiguo fondo del lago, parecía algo que hubiera irrumpido de la tierra; se parecía a las "mesas" que se ven en el suroeste de los Estados Unidos. Sobre esta alta planicie de lados empinados estaba un edificio de piedra sombrío y manchado por el tiempo. Se parecía a las descripciones que en la literatura de la Edad Media se hace de los castillos de los ogros y otros seres perversos, productos de la superstición de la mente. Era terrible en su apariencia, aún a la viva luz del sol. ¡Esta era la tumba de Tughlak! Al aproximarnos vimos los restos del puente de 65 metros de ancho que en un tiempo cruzaba el lago y unía la tumba con la ciudadela.

Una leyenda interesante dice que el hijo del Emperador Tughlak, el Príncipe Mohammed conspiró para asesinar y suceder a su padre. Durante una gran fiesta con varias procesiones, se construyó un pabellón para que Tughlak pudiera observar mejor los festejos. El Príncipe Mohammed preparó astutamente las cosas para que el pabellón se derrumbara con las vibraciones de la marcha de los pesados elefantes, cuando desfilaran ante él. Todo ocurrió como lo había planeado el príncipe y Tughlak quedó enterrado bajo el pabellón. Como signo de la crueldad del príncipe, que posteriormente hizo matar a millares de hindúes, la leyenda dice que rompió a reír al ver el resultado de sus maquinaciones. Sir Henry Sharp dice de este príncipe: "Su carácter estaba manchado por una cólera incontrolable y una crueldad demoníaca."

El exterior de los muros del palacio, que examinamos, está construido, según nos dijo el Dr. Das, con *cuarcita* de Delhi, que abunda en la región. Estas paredes eran sumamente lisas y resbalosas, lo que las hacía excelentes para defender toda tentativa de escalamiento en los muros. Como la mayoría de los grandes gobernantes de la historia que alcanzaron puesto descollante gracias a la conquista, Tughlak no solamente temía una invasión externa, sino también una rebelión interna. Teniendo presente su seguridad personal había preparado una fuga muy ingeniosa. Caminando por un sendero que está detrás de las grandes murallas y buscando nuestro camino entre los bloques de piedra que se habían desprendido, contemplamos esta ingeniosa obra.

Al lado de uno de los gigantescos muros había un portal bajo. No pudimos ver su interior porque el pasadizo cruzaba bruscamente en ángulo recto a pocos pasos de la entrada. El aire que venía de aquellas tinieblas tenía un olor desagradable. Cuando nos disponíamos a entrar por el pasadizo, observamos por encima de nosotros, en la gran piedra del dintel, dos surcos

paralelos, uno a cada lado, que estaban gastados y parecían muy antiguos. Esto formaba parte de un ingenioso mecanismo por medio del cual una piedra muy grande, cortada con la mayor exactitud y que tenía unas pequeñas aristas a los lados, resbalaba por entre aquellos surcos.

Ha debido estar tan bien equilibrada, que el pesado bloque se movía fácilmente al tocarlo las manos de Tughlak. Una vez adentro, Tughlak podía hacer que el bloque de piedra descendiera a su lugar. Las aristas entonces, calzadas dentro de los surcos, sujetaban la piedra de tal manera que nadie, excepto quienes estuvieran dentro del pasadizo, podían moverlo. De esta manera quedaría obstruida la entrada y Tughlak no podría ser perseguido.

Descendimos por el pasadizo, que era bajo y estaba tallado en la piedra; en algunos sitios era tan bajo que teníamos que avanzar a gatas. Sólo nos iluminaba la débil luz de la pequeña linterna eléctrica del Dr. Das. Tocamos el polvo centenario del suelo con manos y rodillas, llenos de aprehensión, pensando en los reptiles venenosos de aquella región.

La salida secreta

Después de un cruce brusco vimos la claridad del día que entraba por una abertura que apenas permitía el paso de un hombre. Nos deslizamos hasta la abertura y miramos hacia abajo. Allí estaban los lados de las murallas de la ciudadela que descendían hasta el suelo de lo que antes fue el lago. En tiempos de Tughlak las aguas estaban a nivel de esta salida. El Dr. Das nos dijo que Tughlak tenía siempre un bote en espera cerca de esta entrada, por si necesitaba escapar alguna vez. Observamos también que a los lados de la muralla, cerca de la abertura, se habían hecho tallas que semejaban hojas y trepadoras de tal modo que desde corta distancia, como lo observamos luego desde fuera, era difícil divisar la salida. El sol hacía que aquellos tallados arrojaran 5ombras de manera que semejaban en verdad un follaje oscuro sujeto al muro, que en tiempos de Tughlak estaba a la orilla del agua.

Los ciegos del espíritu

A unos dieciséis kilómetros de Delhi está el Kutb Masjud, o como lo llaman los hindúes, el Mandir de Vishnú. Mandir significa templo y Vishnú es uno de los dioses de la tríada hindú. En realidad, esos son los restos de la más antigua mezquita mahometana de la India; se comenzó su construcción en el año 1193, después que los mahometanos conquistaron la India. Es un edificio interesante; tiene bandas por encima de las columnas con magníficos tallados a manera de encaje, cuyo estilo sugiere que los obreros fueron hindúes. Sin embargo, su construcción fue sin duda apresurada y las columnas fueron tomadas de los despojos de mandires hindúes y de los santuarios saqueados de jaínos y budistas.

Es un monumento de la intolerancia religiosa que nos recuerda el edicto del Emperador romano y cristiano Teodosio, quien en el siglo IV decretó la destrucción de las escuelas y templos de los misterios y de la sabiduría de los antiguos griegos. Recordamos también que en Egipto el fanatismo de los primeros cristianos los llevó a poner yeso encima de las hermosas inscripciones jeroglíficas del Templo de Luxor y a pintar encima burdas

representaciones de varios santos. Aquí, en el Kutb Masjud, los mahometanos también habían cubierto con yeso bellos ejemplos del arte hindú, y habían grabado encima citas del Korán.

Lo que muchas veces deja el hombre de comprender es que el sentido estético que inspira la creación de obras de arte se debe a una armonía interior con la naturaleza; así ese arte, sea cual fuere el concepto religioso que expresa, es fundamentalmente *divino;* es en verdad, por su causa, obra de Dios, sea cual fuere la manera como el hombre defina a Dios; por consiguiente, la persona verdaderamente religiosa respetará toda obra artística, sean quienes fueren los hombres que la hicieron o la fe que profesaron.

Se dice que los primeros mahometanos que invadieron la India quedaron impresionados porque las deidades hindúes no eran accesibles a todas las castas. Esas deidades, como Brahma, Vishnú, Siva y otras, estaban colocadas en pequeños nichos dentro del mandir, iluminadas por unas pocas velas. La luz estaba dispuesta de tal manera que sólo dejaba ver parte de los rostros a aquellos privilegiados que entraban; los que pertenecían a castas bajas no podían aproximarse y ni siquiera ver la divinidad.

Omnipresencia de Allah

Esta actitud incomodó mucho a los mahometanos por el concepto que tienen de la omnipresencia de Allah. Demolieron ellos algunos templos hindúes y otros santuarios de la región y erigieron una mezquita típica en este sitio, con su grande y abierto patio central; declararon que todos los hombres, sea cual fuere su casta, tenían permiso para entrar y adorar si así lo querían. Para los mahometanos todos los hombres son iguales ante Dios; no hay hombre tan bajo que no pueda aproximarse a Allah.

El gran Allah, como es omnipresente, penetra todo; por lo tanto no está confinado a un sitio y, con toda seguridad, y menos que en ninguna otra parte, en algún rincón obscuro dentro de un templo; nunca estará El restringido por murallas ni por recintos hechos por el hombre. Además, Allah representa *la luz* y el conocimiento, no las tinieblas y el escondite. El hombre puede mirar al cielo desde el patio de la mezquita y, cuando lo hace está en presencia de Allah, porque El está en todas partes, lo mismo que el aire.

Los Mahometanos han dado una lección a las sectas hindúes en la construcción de sus mezquitas. Es cierto, sin embargo, que podían agregar muy poca cosa, si acaso, a la trascendente filosofía de las últimas composiciones del *Rig Veda* ario, el cual conocían probablemente muy poco o nada en aquella época. La brutalidad de los invasores mahometanos y el libre uso de la espada en nombre de Allah, no impresionaron favorablemente a los hindúes con la compasión de semejante Dios, ni con su amor por la humanidad. La actitud de aquellos hacia los hindúes estaba desprovista de impulso espiritual, como lo estaba la crueldad que demostraron los cruzados cristianos para con los mahometanos.

Los hombres que conciben dioses tan celosos y vengativos solo están retorciendo sus motivos internos con sus inclinaciones objetivas y ambiciones temporales. El nivel de la conciencia del hombre es el marco en que aparecerá siempre su concepto de lo divino. Si los hombres piensan preocupándose ante todo por sus deseos somáticos e intereses objetivos, entonces sus impulsos espirituales estarán relacionados con la vanidad, los placeres y perjuicios de su experiencia diaria.